NOTAS

HOMERO: EXCELENCIA ACADÉMICA*

*Mauricio López Noriega***

Ἑλλάνων βιοτᾶ δεύτερον ἄελιον.
AP, VII, 6.

El primero, Helios; Homero —reza el epitafio que consigna Antípatros de Sidón—, segundo sol del mundo griego. La cultura occidental hunde profundamente sus raíces en la panoplia luminosa del pensamiento, del arte y de la ciencia, del cosmos helénico. Arriba, el intrincado sol; abajo, Homero. Si se quisiera expresar en términos posmodernos diríamos que el poeta ciego es el bronceador que permite dejarnos acariciar, sin riesgos fatales como Ícaro, por el esplendor de aquella luz primigenia. Siete ciuda-

des afirmaron ser su cuna; el mismo Antípatros, que su tierra natal era el Cielo y su madre Calíope; otros, que su padre fue un río y su madre una ninfa. ¿Habrá recorrido las Cícladas, las islas de Asia menor, quizá la península de los Balcanes, cantando las gestas de los héroes, los himnos de los dioses, las guerras entre ranas y ratones? Tal vez Homero no existió jamás, sino una escuela de aedos y rapsodas que compusieron las grandes gestas heroicas, presentes en el aire como leyendas vivas; tal vez existió uno extraordinario quien, con gran genio, articuló los poemas: los demás habrían tomado como puntal este ordenamiento, difundiéndolo por el espacio que circunda las bellísimas aguas que tomaron su nombre de un

* Este texto me fue requerido para leerlo ante la Junta de Facultad del ITAM el 27 de abril del 2007; por la premura de tal solicitud me permití utilizar algunos fragmentos previamente publicados.

** Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

rey triste, padre de Teseo, muerto por un problema de comunicación a distancia; o tal vez fueran dos óptimos que habrían generado, respectivamente, la *Iliada*, la *Odisea*.

A mí me gusta pensar en un Homero único, el Poeta; me deleita imaginarlo como un viejo hermoso, con la piel curtida por el sol, sabio, de voz semejante a la de los inmortales, y no sé por qué pero amable, encantador. Quizá por eso no consigo asociarlo con la imagen de mi admirado Borges; ya se sabe: libros más ciego suele dar Borges —Eco sostuvo que llamar Jorge de Burgos al maligno bibliotecario no fue obra del azar—,¹ quien, además de rendirle tributo en muchos textos (pienso en una frase hechicera: *Argos, perro de Ulises*), cayó en la vanidad, comprensible, de equipararse con él en su *Poema de los dones*: “Nadie rebaje a lágrima o reproche / Esta declaración de la maestría / De Dios, que con magnífica ironía / Me dio a la vez los libros y la noche”,² paráfrasis de la *Odisea*: “El heraldo se acercó

llevando al fiel aedo / al que, entre los hombres todos, amaron las musas, / habiéndole otorgado tanto el bien como el mal: / de los ojos privado, diéronle el dulce canto”.³ Un ciego se compara con otro ciego, quien a su vez habla de sí, pues este fiel aedo sin vista no es otro que Demódoco, que endulzara los banquetes del rey Alcínoo en la corte de los feacios. Con Homero estos juegos resultan innumerables, infinitos; Plutarco nunca lo representa ciego, ni son definitivas la etimología de su nombre, la fecha en que habitó la negra tierra (¿750 a. C.?).

Tabula rasa: es la ventaja de ser el primero, el mundo de la literatura era página en blanco; a partir de él, un diluvio florido. En el fondo, desde la época arcaica griega hasta nuestros días fluye, ininterrumpida, la corriente de las palabras dentro del cauce inaugurado por Homero. Como con su historia o leyenda, se podría fabular en forma múltiple con las que de sus poemas se desprenden; por ejemplo, sólo pensando en los personajes femeninos: ‘Criseida: la esclava enamorada’; ‘El diario perdido de Andrómaca’; ‘La perversión de Nausícaa’; ‘El imposible suicidio de Calipso’; ‘Helena y el silencio’. O por ejemplo, los rizos del ciclo troyano; el *Agamenón* de Esquilo,

¹ Umberto Eco, *Apostillas a ‘El nombre de la rosa’*, 1988, Barcelona, Lumen, p. 32: “Todos me preguntan por qué mi Jorge evoca, por el nombre, a Borges, y por qué Borges es tan malvado. No lo sé. Quería un ciego que custodiase una biblioteca (me parecía una buena idea narrativa), y biblioteca más ciego sólo puede dar Borges, también porque las deudas se pagan”.

² Jorge Luis Borges, *Obras completas. II. 1952-1972*, 1989, Buenos Aires, Emecé Editores, p. 187.

³ viii, 62-64.

que da inicio a la única tragedia griega que nos llegó completa —en forma de trilogía—, se inserta en la tradición de los regresos, la mayoría aciagos, de los héroes griegos al terminar la guerra de Troya; fue un verdadero acierto el conseguido por la secuencia de una película, *El señor de los anillos*, en la cual se recupera con habilidad el principio de esta tragedia: desde Minas Tirith, ya sitiada, se encienden una tras otra las almenaras, mensaje de auxilio dirigido al señor de Rohan; así, el vigía nocturno, desde la atalaya del palacio del gran atrida, divisa a lo lejos un fuego que anuncia, precisamente, el retorno del rey;⁴ desde el estrecho de los Dardanelos hasta Micenas la distancia es enorme; Esquilo no duda en participar, de encendida manera, la buena nueva: Ilión, la orgullosa, ha caído; los aqueos regresan a sus tierras.

Pisistrato, el tirano de Atenas, desarrolla una política cultural que incluye, entre los aspectos más importantes, ‘editar’ por vez primera los poemas de Homero; Platón, sin dejar de admirarlo, censura al Poeta en la construcción de su república por motivos técnicos; Aristóteles, más empático, indica que es Homero quien merece mayor alabanza porque sólo él conoce lo que corresponde

a su oficio;⁵ a la postre, será piedra angular para la educación del hombre griego, y latino después.

En Roma, la luna de Occidente, su más alto poeta lo imita en su obra maestra; los primeros seis libros de la *Eneida*, a la *Odisea*; a la *Iliada*, los segundos seis. La grandeza de Virgilio radica en que no se basó en la tradición oral, sino que su obra es por completo factura poética. Se dice que amó a tal punto su *Eneida* que, al final de su vida, quiso quemarla para no legar algo imperfecto a la posteridad. Por fortuna, no lo logró. Ovidio, en las *Tristes*, se pregunta ecuménico, pensando en los dos polos de la mujer: “¿Qué otra cosa es la *Iliada* misma sino una adúltera, / por la cual pelearon amante y marido? / [...] ¿Qué la *Odisea*, sino una mujer requerida por muchos / aspirantes en amor, mientras su esposo está ausente?”⁶ También en otros sentidos leer a Homero es correr riesgos, es abrir la puerta a la nostalgia, a la melancolía de lo perdido, de lo irrecuperable. Esa forma de mirar el mundo se ha extinguido. Ya no es posible concebirla así, pero nos queda su luz.

Homero, boca del cosmos.⁷ Una característica del mundo griego fue la estrechísima relación entre ética y estética, por lo cual, aunque Platón

⁴ Cfr. A., *A.*, 1-39.

⁵ Ar., *Po.*, 1448b 34-37.

⁶ Ov., *Tr.*, II, 371-2; 375-6.

⁷ A. P., *ibid.*

no estuviera completamente de acuerdo, Homero poeta fue también Homero pedagogo. No simplemente un fabulador ni una enciclopedia de artes, ciencias, mitos y leyendas, sino en verdad el primero y más grande creador y formador de la humanidad griega. Así lo reconoce el mismo Platón.⁸ Sólo puede ser educadora una poesía cuyas raíces penetren en las capas más profundas del ser humano y en la que aliente un *ethos*, un anhelo espiritual, una imagen de lo humano capaz de convertirse en una constricción y en un deber. Psicagogía pura, arte con poder ilimitado de conversión espiritual. Jaeger afirma categóricamente que la poesía aventaja a toda enseñanza intelectual y a toda verdad racional pues resulta, y aquí parafrasea a Aristóteles, que la poesía es más filosófica que la vida real y, al mismo tiempo, más vital que el conocimiento filosófico.⁹ Es evidente que no para todas las poesías lo anterior resulta efectivo; de hecho, pocos poemas han tenido esta vigencia, esta fuerza imperecedera. Ni el *Ramayana*, ni la *Epopeya de*

Gilgamesh, ni la épica medieval con poemas como la *Canción de Rolando*, el *Beowulf*, o los *Nibelungos* han llegado a ocupar tal sitio en el espíritu de la humanidad, al menos en Occidente; quizá la *Divina Comedia*, por la profundidad y la universalidad de su concepción del hombre y de la existencia, se eleva en este grado, como también Shakespeare y Goethe. La poesía sólo se encumbra a una validez total en cuanto alcanza el más alto grado de universalidad humana.

Hölderlin, en su poema *Andenken*, dice que “lo que perdura lo fundan los poetas”.¹⁰ El fundador primero es, de manera innegable, Homero. El *pathos* del alto destino heroico del hombre es el aliento espiritual de la *Iliada*. El *ethos* de la cultura y la moral aristocráticas halla el poema de su vida en la *Odisea*. La poesía homérica es una vasta y compleja obra del espíritu que no es posible reducir a una fórmula. Platón, de nuevo, dice que la posesión y el delirio de las musas se apoderan de un alma bendita y tierna, la despiertan y la arroban en cantos y en toda suerte de creaciones poéticas y, en tanto que glorifica los innumerables hechos del pasado, educa la posteridad.¹¹ El solo hecho de mantener viva la gloria mediante

⁸ R., 606 e.

⁹ Para esta sección sigo a Werner Jaeger, *Paideia*, 1967, México, FCE, 1ª. r., p. 48-66. Así lo dicen también, con otras palabras, Ramón Xirau en *Poesía y conocimiento* (1978, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz) y Eduardo Nicol en *Formas de hablar sublimes. Poesía y filosofía* (1990, México, UNAM, Cuadernos del Instituto de Investigaciones Filológicas 16).

¹⁰ “Was bleibet aber, stiften die Dichter”.

¹¹ *Phdr.*, 245 a-b.

el canto es ya de por sí una acción educadora. Conviene ofrecer cuando menos un ejemplo de la ética aristocrática de Homero. No hay que olvidar que la época homérica se centra en los héroes porque son los modelos a seguir; y son héroes porque muestran el conjunto de sus mayores virtudes, su *areté*, en las batallas, espacio privilegiado en el cual el varón manifiesta y deja traslucir lo mejor de sí en un sistema siempre en equilibrio. Cuando este equilibrio se rompe se cae en *hybris*: el exceso, la desmesura, pecado por excelencia entre los griegos.

En las descripciones de las batallas es posible que participemos profundamente en la acción de los combates individuales porque en ellos lo personal y ético, que apenas aparece en las batallas de conjunto, se sitúa en primer término y por la íntima vinculación de sus momentos particulares a la unidad de la acción. En la *Iliada* el poeta rompe la secuencia cronológica de la guerra de Troya mediante la narración de la cólera de Aquiles y sus consecuencias, y con la de un número de combates individuales tales como la *aristeia* u optimación de Diomedes, Agamenón, Menelao, y el duelo entre Héctor y Áyax. Tales escenas eran la delicia de la raza a la cual se dirigían los cantos heroicos. En ella se veían en el espejo de sus propios

y más altos ideales: la prodigiosa lucha de muchos héroes inmortales de la más excelsa *areté*. No sólo los griegos: sus enemigos son también un pueblo de héroes que lucha por su patria y su libertad. En particular, se debe destacar la figura de Héctor, que lucha una guerra que jamás buscó, que sabe que perderá porque ha de enfrentarse tarde o temprano al invencible Aquiles, y a la cual no puede sustraerse porque prefiere que su nombre quede por siempre intacto en la memoria de su hijo, aun a costa de que la mujer amada se convierta en la última de las esclavas del enemigo: no eran nimiedades.

Sobre el fondo sangriento de la batalla se destaca un destino individual de pura tragedia humana: la vida heroica de Aquiles. La *Iliada* celebra la gloria de la mayor *aristeia* de la guerra de Troya, el triunfo de Aquiles sobre el poderoso Héctor. En ella se mezcla la tragedia de la grandeza heroica, consagrada a la muerte, con la sumisión del hombre al destino y a las necesidades de la propia acción.

El más admirado y poderoso héroe homérico, Aquiles, es invadido por la cólera cuando Agamenón le quita a la bella Criseida, razón para alejarse de la batalla y dedicarse a tocar la lira en las extensas playas troyanas; para el hijo de Tetis abstenerse de la guerra significó una dura

decisión: era renunciar a la gloria porque todo en él cobraba sentido en su ser guerrero. Cuando los súbditos de Príamo llegan a las naves aqueas y comienzan a ganar cada vez más terreno, a sangre y fuego, se envía a Odiseo como embajador para convencer al príncipe de los mirmidones; Agamenón, señor de señores, envía innumerables y valiosos presentes y, además, la oportunidad renovada de ser eterno paradigma. Sin embargo, el hijo de Peleo, en sus cavilaciones cae en la cuenta de su destino trágico y responde: “para mí, nada existe equivalente a la vida”; grito de paz, no empecinamiento iracundo: Aquiles sabe que podría volver a casa y llegar a viejo serenamente; prefiere, en cambio, luchar y morir en la flor de la juventud y adquirir con ello fama sin fin.¹² Pero no olvida que, en definitiva, morir no significa el paso a un estado mejor; en la *Odisea*, cuando Ulises habla con él, ya en el Hades, declara que preferiría ser el siervo del último de los siervos de su padre a ser un príncipe de sombras.¹³ Y aunque en el fondo está la fugacidad de la vida y el sinsentido de la muerte (“justo como la estirpe de las hojas, así la de los hombres: / algunas hojas que por tierra el viento dispersa”)¹⁴ aun

así Aquiles cumple el mandato que Homero pone en boca de su padre, el rey Peleo, cuando le despide rumbo a la guerra de Troya: sé siempre el mejor.¹⁵ El sentido de la *Iliada* es la consideración más profunda de los perfiles íntimos de la vida y de sus problemas, que eleva la poesía heroica muy por encima de su esfera originaria y otorga al poeta una posición completamente nueva, una función educadora en el más alto sentido de la palabra.

En la *Odisea*, por otro lado, la relación entre el hombre y su destino, la estructura espiritual de la epopeya griega se manifiesta todavía de un modo más vigoroso. Este otro poema homérico pertenece a una época cuyo pensamiento se hallaba ya en alto grado ordenado racional y sistemáticamente. En consonancia, Zeus en la *Odisea* ya no es el dios que debe imponer su superioridad por la fuerza, sino es uno que representa una alta conciencia filosófica del mundo. Empieza su consideración sobre el destino presente mediante el planteamiento general del problema de los sufrimientos humanos y la inseparable conexión del destino con las culpas de los hombres. Para el poeta, es la más alta divinidad una fuerza sublime y omnisciente que se halla por encima de los esfuerzos y

¹² Para ello, cfr. *Il.*, IX, 398-409.

¹³ Cfr. *Od.*, xi, 488-491.

¹⁴ *Il.*, VI, 146-147.

¹⁵ *Ibid.*, VI, 208.

los pensamientos de los mortales. Su esencia es el espíritu y el pensamiento. Odiseo, su personaje central, es el *polítropon*, el “de muchas formas”, es decir, aquel que piensa y reflexiona con cuidado y toma en cuenta, además de muchos escenarios posibles, el *kairós*, la oportunidad. No resulta fruto del azar: la diosa que lo protege, aconseja y enseña emergió de la mismísima cabeza de Zeus y es la diosa del pensamiento y la sabiduría, Atenea. Odiseo resulta así una especie de universitario primigenio.

En definitiva, Homero no se entrega, sin embargo, a las experiencias caóticas de la vida sin tomar una posición ante ellas, ni las domina desde fuera. Las fuerzas morales son para él tan reales como las fuerzas físicas; comprende las pasiones humanas con mirada penetrante y objetiva; conoce su fuerza elemental y demoníaca que, más fuerte que el hombre, lo arrastra. Pero, aunque su corriente desborde con frecuencia las márgenes, se halla, en último término, siempre contenida por un dique inmovible: los límites últimos de la ética son, para Homero, como para los griegos en general, leyes del ser, no convenciones del puro deber.

*

¿Qué sería hoy ese ‘ser siempre el mejor’? Como educadores, ¿qué mensaje podríamos transmitir a

nuestros alumnos? No podemos ocultar que cualquier institución universitaria educa a una élite: todavía, desgraciadamente, la educación superior en nuestro país representa, cuantitativamente, una élite, una minoría. No obstante, ya no vivimos en un mundo dominado por la nobleza, al menos no a la manera de los tiempos homéricos. En *El Conde de Montecristo*, Dumas habla de tres aristocracias: la de la sangre, que en nuestro país en realidad nunca ha existido; la del dinero y la del pensamiento.¹⁶ A la del dinero, evidentemente, pertenecen muy pocos. ¿Qué puede significar ‘aristocracia del pensamiento’? Pienso que de ello participa la Universidad. Hoy podría llamarse, precisamente, ‘excelencia académica’; pero esta excelencia académica en un país como el nuestro sin duda alguna debe pasar por la conciencia y el deber ético de una proyección hacia la justicia social. Para que en nuestro contexto el mandato de Peleo a Aquiles valiera de algo debe ser puesto en perspectiva. Creo oportuno delinear primero dicho contexto en el cual nos toca en suerte educar a nuestros alumnos porque no resulta fácil de contrarrestar.

¹⁶ XXXVI: “Toutes les aristocraties réunies, aristocraties de naissance, d’argent, de génie.”

NOTAS

La causa es un malestar espiritual; hoy día, además de crónica, se ha vuelto causa global. Por ejemplo, pensemos con Castoriadis que el tipo antropológico moderno está siendo rápidamente reemplazado por “otro tipo de individuo, centrado en el consumo y en el disfrute, apático ante los asuntos generales, cínico en su relación con la política, lo más a menudo bestialmente aprobador y conformista”.¹⁷ Wislawa Szymborska recrea, en voz de la adivina troyana condenada a no ser creída pese a la veracidad de sus vaticinios, el horizonte que nos toca habitar hoy:

Cierto, al fin triunfó.

Mi verdad es un resplandor que golpea el cielo.

Sólo los profetas que no fueron creídos gozan de visiones semejantes

[...]

Ahora recuerdo con claridad cómo al verme el pueblo de pronto callaba.

Las risas se interrumpían.

Las manos dejaban de estrecharse.

Los niños corrían hacia sus madres.

[...]

Lamento la dureza de mi voz.

Miraos desde las estrellas —clamaba— miraos desde las estrellas.

Escuchaban y bajaban la vista.¹⁸

¹⁷ Cornelius Castoriadis, “¿La idea de revolución tiene sentido todavía?”, en *Estudios*, México, ITAM, trad. Nilda Ibarguren, n° 24, primavera 1991, p. 21.

¹⁸ “Monólogo para Casandra”, en *El gran número. Fin y principio y otros poemas*, 1988²,

Tal vez vivimos bajo el signo desalentador de Casandra: apatía, una atmósfera de desaliento que no es sólo enajenación, indiferencia o anomia, sino más bien el aislamiento de un individuo hacia la soledad de un mundo interior sin esperanza. Ser uno mismo se ha vuelto una hazaña efímera, sin mañana: un amaneceramiento desencantado en un mundo sin modales.¹⁹

En un tiempo así, poco habitado por la poesía, dejan de existir los héroes, los modelos, pues se diluye la noción de grandeza y se privilegia el sentido humorístico de las cosas; lo sabían ya los antiguos sofistas: contra el cosmos, caos; contra el orden, desorden. “Es necesario, dijo Gorgias, a la seriedad de los contrarios destruir con la risa, y a la risa con la seriedad”.²⁰ Negación de la grandeza convertida en sistematización, en programa:

Asesina la capacidad para reconocer o alcanzar la grandeza. Los grandes hombres no pueden ser controlados. No queremos ningún gran hombre. No niegues la concepción

Madrid, Hiperión, trad. Gerardo Beltrán, Abel Murcia *et al.*, p. 81-2.

¹⁹ Para ello, cfr. Rollo May, *Love and Will*, 1969, New York, Dell, y Jean Baudrillard, *La transparencia del mal. Ensayo sobre los fenómenos extremos*, 2001⁵, Barcelona, Anagrama, trad. Joaquín Jordá.

²⁰ Arist. *Rh.*, 1419b 5-6.

de la grandeza. Destruyela desde dentro [...] Fomenta la mediocridad [...] Existe también otra forma. Ase-sina por medio de la risa. La risa es instrumento de la alegría humana. Aprende a utilizarla como arma de destrucción.²¹

Crisis, finalmente, de tipo espi-ritual, lo que siempre irá en detri-mento de la educación en nuestro país. En diciembre de 1915, don Martín Luis Guzmán escribió con lúcida claridad:

No cabe duda que el problema que México no acierta a resolver es un problema de naturaleza princi-palmente espiritual. Nuestro desor-den económico, grande como es, no influye sino en segundo término, y persistirá en tanto que nuestro ambiente espiritual no cambie. Per-demos el tiempo cuando, de buena o mala fe, vamos en busca de los oríge-nes de nuestros males hasta la desa-parición de los viejos repartimientos de tierra y otras causas análogas. Éstas, de grande importancia en sí mismas, por ningún concepto han de considerarse supremas. Las fuentes del mal están en otra parte: están en los espíritus, de antaño débiles e inmorales, de la clase directora; en el

espíritu del criollo, en el espíritu del mestizo, para quienes ha de pensarse en la obra educativa. Sin embargo, la opinión materialista reina aún y, entendida de otro modo, ha venido a constituir, sincera o falsamente, la razón de nuestros movimientos armados a contar de 1919. [...] No soy escéptico respecto de mi patria, ni menos se me ha de tener por poco amante de ella. Pero, a decir verdad, no puedo admitir ninguna esperanza que se funde en el desconocimiento de nuestros defectos.²²

Infelizmente, suscribo este pen-samiento que sigue siendo por completo actual. En este contexto, ¿qué entender hoy como excelencia académica? El espíritu homérico de ser siempre el mejor, ser excelente, puede reconstruirse a partir de una reflexión sobre lo que significan estas palabras. No llegará a ser posi-ble si no se participa de otros, en comunidad; no si la excelencia opera bajo el signo de la exclusión. En este sentido, para don Pablo Latapí Sarre no existe duda alguna:

La antinomia de ser mejor sin por ello separarnos de los otros, de ser fuertes sin por ello usar el poder para oprimir, de ser seguros sin por ello ser arrogantes, seguirá siendo

²¹ Ayn Rand, *The Fountainhead*, 1971, New York, New American Library, p. 636-637. Véase también el capítulo "La société humoristique" en Gilles Lipovetsky, *L'ère du vide. Essais sur l'individualisme contemporain*, 1983, Paris, Gallimard, col. Les Essais, p. 153-93.

²² Martín Luis Guzmán, *La querella de México*, México, Planeta/Joaquín Mortiz/Cona-culta, col. Ronda de clásicos mexicanos, p. 11-2.

un reto educativo difícil, siempre irresuelto, como tantos otros retos propios de nuestra condición humana que nos obliga a caminar por desfiladeros donde nos acechan precipicios por ambos lados [...] Formemos a nuestros estudiantes en la realidad. Invitémoslos a desarrollar su autoestima y a ser mejores, pero asumiendo su riesgosa condición humana y a estrechar lazos solidarios con todos, sobre todo con los más débiles.²³

Si en el concepto excelencia académica se incluye lo anterior, ésta se convertiría en estos tiempos casi en heroísmo homérico, activo y fundante. Descansaría en lo que de universal nos une, aún, a Grecia: un grito de paz y de razón, acrecentado por un presente sin sentido; apuesta por el resplandor, luminosidad de las Musas, cuyo recinto también se llama Universidad. En palabras del Doctor Carlos de la Isla, la Universidad es la conciencia crítica de la sociedad.²⁴

La mirada que busca pensar, de lejos y de cerca, los objetivos que

persiguen las instituciones de educación superior, incluido el ITAM, puede dejarse guiar por el espíritu griego de equilibrio y prudencia, de virtud, de optinidad (*areté*), pero vinculado al problema más urgente: la desigualdad y, por lo tanto, la necesidad de justicia. En México hemos comenzado un proceso de cambio hacia la democracia; antes de que realmente logremos afianzar un sentido de responsabilidad y armonía entre mexicanos, ¿cuánto mar pasará? Lo que hoy hagamos de las universidades se verá reflejado forzosamente en el devenir social, político y económico del país. Sólo espero que no nos veamos obligados de nuevo a dar la razón a Martín Luis Guzmán:

Dotes para la democracia, como para cualquier gobierno que valga el nombre, es más que capacidad de entender y arte de leer y escribir y fuerza de obrar; es, primordialmente, virtud: moderación, paciencia, acatamiento, lealtad, justicia [...] La inteligencia acaso nos sobre. Lo que nos falta es virtud.²⁵

²³ Conferencia magistral al recibir el Doctorado *Honoris Causa* de la Universidad Autónoma Metropolitana, 22 de febrero del 2007, p. 4.

²⁴ Carlos de la Isla, "La universidad: conciencia crítica", en *Estudios*, México, ITAM, n.º. 25, verano 1991, p. 69-76. Del mismo autor, v. *De esclavitudes y libertades. Ensayos de ética, educación y política*, 2006, México, ITAM-M. A. Porrúa, en particular la sección "Dimensiones éticas de la educación", p. 11-122.

²⁵ *Op. cit.*, p. 33.